

ENSEÑANZA RELIGIOSA Y CULTURA CRISTIANA EN EL BACHILLERATO SUPERIOR

por el Rvdo. J. AUDINET *

Los últimos años del Bachillerato representan, para muchos, la terminación de toda formación cristiana sistemática. El aprovechamiento de esos años no es cosa sencilla: se trata de lograr una aceptación activa del mensaje en su trascendencia y en su actualidad, pero sin descuidar la parte esencial que en toda catequesis tiene la enseñanza, y sin limitarse a tal o cual punto aislado, antes abarcando toda la amplitud de la verdad cristiana; y debe lograrse, al mismo tiempo, que ésta no sea tan sólo objeto de contemplación, sino que, además, engendre la acción.

En un Congreso, al dirigirse Pío XII a las religiosas responsables de la juventud italiana, precisaba la meta que debe proponerse un colegio católico: «Las alumnas deben salir de vuestras casas —les decía— como cristianas cabales..., cabales gracias al desarrollo resuelto y consciente de la vida divina en ellas» (Discurso del 9 de enero de 1951).

Cristianos y cristianas cabales, esto es, cristianos en los que todas las virtualidades de la gracia depositada en el bautismo tiendan hacia su florecimiento. Los años de infancia y las clases de bachillerato elemental son ya preparación lejana, aunque muy importante, de esta meta. En el bachillerato superior, dicha meta aparece ya más próxima.

* Nuestra Revista se honra con la colaboración del Rvdo. Jacques AUDINET, Director de los Estudios en el «Institut Supérieur de Pastorale Catéchétique» de París. Las grandes síntesis, ricas en aplicaciones a la Pedagogía Catequística, que presenta en estas líneas, son fiel reflejo de sus valiosos cursos en el mencionado Instituto.

El alumno de sexto curso o de preuniversitario es muy distinto de lo que era en cuarto o quinto. El grado de bachiller es un hito cuya proximidad da cierta seriedad y cuyo logro se presenta como garantía de madurez. La curiosidad constructiva sucede a la inquietud de las edades precedentes. Las facultades se han desarrollado, y el joven está ya en disposición de dominar su trabajo y de captar las relaciones que unen las diversas disciplinas. Se le abren las puertas para la primera reflexión filosófica sobre los profundos problemas humanos.

El adolescente empieza a sentirse más a gusto en el mundo de los adultos. Dentro de algunos meses tendrá que orientarse de modo concreto. La entrada en la universidad es una elección. Otros tendrán que adoptar un trabajo profesional: ya no son «colegiales».

La visión más panorámica del mundo, el sentido de responsabilidad que se afirma y la esperanza puesta en el porvenir, cuyas perspectivas no siempre son tranquilizadoras, pero que, sin embargo, atrae, son otros tantos factores que hacen que el adolescente crecido sea ya capaz de apreciar todas las riquezas del mundo que le rodea. Esto se realizará de modo muy distinto según la capacidad y el temperamento. Sin embargo, en los últimos años del bachillerato se ordenan y sitúan definitivamente los primeros elementos de la cultura profana, que cada uno hará luego fructificar de modo diverso... Pero junto con esta cultura profana, cuyo contenido está ya inventariando, y cuya seducción empieza a sentir, es importantísimo que descubra y adquiera las bases de la cultura cristiana.

Cultura cristiana significa cierto conocimiento y manejo de las realidades de la fe que le permitan desenvolverse con holgura en el universo cristiano. La etapa de sus «rudimenta» ha sido superada. Se tratará ahora de continuar el inventario de las riquezas cristianas, de lograr que los conocimientos adquiridos en edades anteriores queden más trabados entre sí; y que, al mismo tiempo, iluminen los grandes problemas humanos y alimenten una vida espiritual cada vez más rica.

Para esta elaboración, que no llega a terminarse al final del bachillerato, la enseñanza religiosa ha de ser uno de los mejores auxiliares. La familia, el ambiente, las múltiples ocasiones de reflexión que ofrecen los variados grupos de actividad favorecerán la elaboración de esta visión cristiana del mundo. Pero convengamos en que el curso de enseñanza religiosa resulta ser un auxiliar privilegiado. A él toca unificar los conocimientos adquiridos, precisar lo que hu-

biere quedado dudoso, destacar los ejes principales alrededor de los cuales puede estructurarse el mensaje. Es como la clave de bóveda de la que depende el equilibrio del conjunto.

Quisiéramos analizar algunos aspectos importantes de este equilibrio; pero antes queremos subrayar posibles escollos que podrían comprometer el conjunto de la labor.

I.—PELIGROS Y DIFICULTADES

El logro de esa visión cristiana del mundo es empresa amenazada por muchos peligros.

Es el primero cierta *pasividad* por parte de los alumnos ante la enseñanza religiosa: su contenido les parece algo ya conocido; siempre se habla, con idéntico vocabulario, de las mismas realidades... Cuando tantas cosas nuevas quedan por descubrir y cuando se acerca el término insoslayable del bachillerato, ¿no es perder el tiempo consagrarlo al estudio de realidades tantas veces oídas? La lección de religión resulta entonces la menos interesante, se aguanta esa hora lamentable, que se procura emplear en otras cosas. El joven justifica fácilmente esta actitud afirmando que no es necesario saber todo esto para ser cristiano. ¡Ojalá la actitud del profesor no coincida con este deseo de los alumnos, reduciendo o quizá suprimiendo la enseñanza religiosa en las clases que preparan directamente a los exámenes finales!

Nos encontramos entonces, en la práctica, con la ruptura entre lo religioso y lo profano; éste interesa, y uno se entrega a él; aquél no logra despertar la cooperación.

Además, esta pasividad puede ser fruto de cierta pedagogía que transforma la lección de religión en la menos viva e interesante de todas. Es verdad que en lo pedagógico, como en lo demás, Dios no ha concedido a todos los mismos talentos; pero ocurre que cierto concepto de la enseñanza religiosa en el educador impide actuar en este campo todas las riquezas de la pedagogía. Por ejemplo, el profesor, preocupado ante todo por demostrar la trascendencia del mensaje revelado que debe ser transmitido, desarrollará su lección muy cuidadosamente, pero sin tolerar preguntas. O bien, la preocupación de máxima fidelidad en un tema en el que la competencia no se improvisa podrá, quizá, llevarle a seguir servilmente el texto, temien-

do sobre todo la pregunta intempestiva que pudiera sacarle del camino que se ha trazado.

Es verdad que el mensaje cristiano, por el hecho mismo de su trascendencia, ha de ser recibido y escuchado, pero no tiene que ser «soportado». La lección es verdaderamente transmisión de la Palabra de Dios, enseñanza en nombre de la Iglesia. Pero importa que esta enseñanza sintonice con la actividad de la fe de quien la recibe. La actitud del educador no es indiferente: a él toca saber realizar las condiciones que puedan favorecer esta acogida activa.

Otra actitud, totalmente opuesta, expone a no lograr mejores resultados. Frente a alumnos atraídos por múltiples intereses de otro orden, el catequista, naturalmente, desea interesarles. Nos encontramos entonces ante cursos de religión en los que la actualidad, la última película o la última noticia ocupan lugar privilegiado, sin preocupación de programas ni de tomar apuntes. El tiempo de la instrucción religiosa cesa de ser aburrido; pero puede convertirse, sencillamente, en la hora de expansión. Se intenta alcanzar lo vital; se habla ciertamente de realidades religiosas; pero uno se contenta, en general, con caminos fáciles, con lo cual queda satisfecha la poca exigencia de la mayoría.

No es fácil encontrar el justo medio entre estos extremos. Si el equilibrio es cuestión de competencia y de conocimiento del auditorio, es también, por encima del logro pedagógico, asunto de reflexión sobre lo que se espera de la enseñanza religiosa. Esta debe salvaguardar a la vez la trascendencia del mensaje y sus valores vitales; más adelante veremos cómo. Pero importa subrayar que una actitud pedagógica contiene la afirmación implícita de tal o cual exigencia de la fe; y que para iluminarla plenamente y evitar los escollos, se impone una reflexión de orden doctrinal.

Un segundo grupo de peligros se refiere menos a la actitud pedagógica que al *contenido de la enseñanza religiosa*. Se trata de saber qué ha de enseñarse. Entre las riquezas inmensas que nos ofrece la Tradición de la Iglesia, ¿a cuáles debe el catequista conceder mayor espacio?

Tenemos la Escritura, libro de la Palabra de Dios, que nos ofrece de modo privilegiado la Revelación tal como se realizó en la Historia. La cultura adquirida debe permitir leerla con fruto.

Está la Liturgia: la antigua sentencia «*lex orandi, lex credendi*» nos recuerda que se trata de uno de los lugares en que se nutre la fe.

El cristiano es alguien que sabe leer los signos de la liturgia y vivir de ellos.

Está el tesoro inmenso de los textos patrísticos, de la vida de los Santos, de los escritos de los maestros espirituales. Frente a los problemas de hoy, ¿no debe el cristiano recordar los actos de quienes le precedieron en la fe, e inspirarse en ellos?

Tenemos la enseñanza solemne u ordinaria del magisterio de la Iglesia, que determina los puntos fundamentales de la fe, y debe orientar el pensamiento y la acción del cristiano.

Está la reflexión de los teólogos, que pone al servicio del dato revelado todos los recursos de la inteligencia. La cultura de la fe, ¿no es acaso un esfuerzo semejante al «fides quaerens intellectum»?

Este inventario, como el de toda realidad viva, no puede nunca darse por terminado. *A fortiori*, las pocas horas consagradas a la enseñanza religiosa en los últimos cursos han de parecer escasas al catequista. Aunque existen programas y manuales que guían su elección, el catequista no puede limitarse a ellos. En la práctica, insistirán sobre tal o cual aspecto. Algunos estarán más bien preocupados por destacar la riqueza y diversidad de la tradición cristiana, e insistirán más sobre ciertos aspectos en vistas, por ejemplo, a la lectura más provechosa de los maestros espirituales, o bien hacia una seria cultura bíblica. Cada una de esas realidades mejor descubiertas, ¿no impedirá la vista de conjunto? Si, en la mente del profesor, cada uno de los puntos explayados se encuadra en una síntesis, ¿puede afirmarse que va a ocurrir lo mismo con todos los alumnos? En tal caso, este tipo de enseñanza se expone a quedar impreciso.

Inversamente, puede darse una presentación del mensaje cristiano que adopte apariencias falsamente teológicas. Se toman de la teología ciertos aspectos de su presentación técnica, y entonces la lección toma el aspecto de resumen de manual escolástico. Para dar un curso serio de religión, no basta trasponer tal cual la enseñanza destinada a otro público. Es de temer que los alumnos, al guardar las palabras, no capten a la vez su alcance preciso, y falseen su significado, con perjuicio para su fe.

Sin duda, ha de quedar cierto margen de libertad, sobre todo tratándose de espíritus jóvenes, cuyo caminar y cuyos descubrimientos no siempre coinciden con lo que habíamos previsto. Se trata, pues, de saber cómo transmitir todas las riquezas del mensaje cristiano conjugando la precisión con la amplitud de la síntesis estructurada,

de modo que permita iniciar esta visión cristiana del mundo, cosa que puede considerarse como lo típico de toda cultura cristiana. Se trata, como en lo referente a las dificultades antes señaladas, de mantener el equilibrio, cuyos criterios, también aquí, son de orden doctrinal.

Para responder a los interrogantes sugeridos por el análisis de estas dificultades, nos parece de importancia el reflexionar sobre ciertos equilibrios que deben mantenerse en toda presentación.

II.—LOS EQUILIBRIOS INDISPENSABLES

La presentación del mensaje cristiano no consiste tan sólo en la enumeración de los distintos puntos de la doctrina. Esta enumeración es necesaria; y la totalidad de la revelación debe ser presentada con exactitud. Pero en esta presentación importa mucho respetar la jerarquía de valores, evitar que un aspecto perjudique a otro, situar cada realidad en el conjunto del mensaje cristiano.

Creemos que hay lugar para presentar la actualidad del mensaje y su continuidad tradicional; toda su riqueza dogmática, bíblica y litúrgica, y todo su valor vital: válido, al mismo tiempo, para la contemplación y la acción.

ACTUALIDAD DEL MENSAJE Y TRADICIÓN.

A los jóvenes les interesa la actualidad. No hay que extrañarlo. Y no es sólo amor a lo nuevo y afán de variedad; en el fondo, hay un interés más denso, aun cuando la mayoría de las veces éste quede confusamente expresado: se trata de la preocupación por este mundo que les rodea, y que constituye el universo donde deberá desarrollarse su vida de mañana. Quieren captarlo con toda la energía posible; pero dominan con dificultad el flujo de impresiones tan dispares que de él reciben. Ese atractivo reviste matices de inquietud: pues de la multitud de hechos que se suceden unos a otros, y que escapan a su abrazo, depende su porvenir; de ahí brota, a veces, cierta agitación. Se intenta estar al corriente, saberlo todo, verlo y leerlo todo. Aun cuando haya que atribuir esta actitud en parte a ligereza, más adentro hay que saber reconocer la angustia profunda del adolescente frente a un mundo todavía desconocido para él, y en el que, sin embargo, debe ya vivir y elegir.

De parte de los educadores, dar lugar a la actualidad sería, pues, ya buena pedagogía. Pero se trata de algo más profundo: de fidelidad a la pedagogía misma de Dios. En efecto, el designio de Dios se realiza hoy. Hoy nos salva Dios en Jesucristo. El anuncio del cristianismo continúa siendo el anuncio de una Buena Nueva que hoy se realiza. Dios es fiel: lo que empezó en el pasado, lo continúa para nosotros hoy. Este tema, tan frecuente en la Escritura, forma parte esencial de nuestra proclamación del mensaje. De modo especial, los discursos de los *Hechos* nos muestran que lo que Dios hizo en el pasado, lo realiza actualmente para nosotros, y que la salvación aportada plenamente en Jesucristo nos alcanza en la actualidad. Hasta el punto que el cristiano es alguien que vive en plena Historia Sagrada. Lo que él tiene que hacer y vivir, otros lo hicieron y vivieron antes que él; ha recibido lo que otros le han transmitido; se inserta en una tradición, y su vida de hoy no es sino la tradición continuada en seguimiento de Cristo y en espera de la Parusía.

Así, pues, actualidad y tradición se encuentran. Nuestra presentación de la fe debe mostrarlo. Habrá que mostrar la trabazón entre la Revelación en la Escritura tal como fue vivida en la historia y tal como el cristiano debe vivirla hoy. Esto implica ciertas consecuencias pedagógicas.

En primer lugar, dar cabida a la actualidad: más allá del gusto superficial y de la diversión, hay que suscitar para con ella verdadero interés. Es fácil partir de tal o cual disco, de tal o cual película, de tal o cual artículo de una revista; quizá los alumnos no vean sino el aspecto superficial; pero puede ayudárseles fácilmente a ir más adentro. Se trata de enseñarles a mirar al mundo, no a soñar. Un cuestionario puede ayudar para ello: el método de encuesta de la Acción Católica responde a este fin. La canción moderna o la literatura, por ejemplo, constituyen un mundo que puede resultar fecundo de enseñanzas, si se sabe reflexionar a la luz de la fe.

Se trata, en efecto, y es el otro aspecto, de relacionar continuamente estas realidades con las de la fe. Mostrar cómo el Evangelio ilumina el problema planteado; cómo lo que hoy vivimos, otros lo vivieron antes que nosotros con modalidades distintas, pero de modo análogo; cómo el Señor desea que cada uno de nosotros continúe avanzando en la misma línea por la moción del mismo Espíritu, que obra siempre llamando a la fe «nova et vetera».

De este modo, el Evangelio no parecerá letra muerta; y las realidades profanas se iluminarán con la luz de las realidades de la fe.

¿No es acaso uno de los fines de la escuela cristiana permitir este acercamiento por todo lo que ella es, y especialmente por la enseñanza religiosa, que es su instrumento privilegiado? Al mirar el mundo a la luz del Evangelio, el joven comprenderá mejor sus exigencias y el lugar que debe ocupar en este universo. Cultura cristiana es la que sabe captar en toda su plenitud, más allá del hecho actual, la eterna acción trascendente de Dios en la Historia de los hombres.

RIQUEZA DEL MENSAJE.

En las clases superiores se empieza a sintetizar el conjunto de conocimientos acumulados en las clases anteriores y a dominarlos. Se trenzan las relaciones entre las distintas disciplinas y apunta ya una primera visión orgánica del mundo.

En lo relativo al conocimiento de la fe, las etapas son análogas. Los datos acumulados en los años anteriores pueden dar la impresión de cierta riqueza y aparece poco a poco una vista de conjunto del mundo religioso.

Entonces podrá sentirse dolorosamente el desequilibrio entre la visión cristiana y la visión profana del mundo. Importa, pues, destacar con claridad los grandes ejes de la concepción cristiana del mundo: Cristo en el centro del designio de Dios; la Iglesia: «Jesucristo difundido y comunicado», según palabra de Bossuet; y, a la luz de este designio, ver y situar toda realidad. Es más importante subordinar cada asunto a las grandes perspectivas que trazar los programas año por año. Pues, sea cual fuere el tema que se toque, está encuadrado siempre en la salvación que Jesucristo nos trae en la Iglesia. Así, pues, tanto si se trata del comentario de textos como de una presentación de los sacramentos o de una reflexión sobre la vocación misionera del mundo de hoy, será precisa, por parte del catequista, no pequeña exigencia intelectual, que le permita introducirlo en las líneas directrices del plan de Dios.

Este caminar confluirá, a veces, con caminos adyacentes, con peligro de quedarse enmarañado en ellos. Saltarán preguntas interminables sobre el sentido de tal pasaje bíblico, sobre las diferencias en los ritos litúrgicos o sobre tal ley de la Iglesia. No bastaría con atajarlas. El catequista debe educar cierto sentido de la fe que permita discernir poco a poco cómo el designio de Dios se realiza a través de lo relativo de las cosas humanas, y cómo cada pormenor, colocado en su lugar, se armoniza con el plan de conjunto.

Hay que guiar poco a poco a los espíritus por estos caminos. Algunos están expuestos a mirar la Biblia como un libro mágico: quieren respetar el texto, pero falsean el sentido. Sin meterles por una exégesis demasiado compleja, en la que disfrutaría cierto prurito razonador en lugar de alimentar la contemplación religiosa, se podrá enseñarles a descubrir la Escritura a partir de los textos principales.

Del mismo modo irán ocupando su lugar exacto ciertas devociones, costumbres u obligaciones que no eran hasta el momento actual sino fruto de la costumbre. Los elementos acumulados durante los años anteriores serán reasumidos otra vez, pero con mayor profundidad. Así hallarán respuesta las preguntas antes sugeridas. No se trata de oponer enseñanza bíblica o litúrgica a enseñanza dogmática. La Escritura no dice sino: Jesucristo. La lectura provechosa de la Biblia nos lleva a comprender más exactamente el designio de Dios, e, inversamente, cualquier precisión dogmática sobre el ser de Cristo, la naturaleza de la Iglesia, o la acción del cristiano en el mundo, favorece la lectura más provechosa de la Biblia.

Pero esta preocupación, tanto de precisión en los pormenores como de amplitud en las perspectivas, exige mucho por parte de los educadores. Se necesita rigor lógico. No puede uno contentarse con un plan improvisado o elaborado al vaivén de los «descubrimientos». Puede ocurrir que la actualidad o el interés aconsejen pararse sobre un tema; pero entonces las estructuras deberán permanecer en su integridad en el espíritu del catequista, y éste guardará la preocupación de volver a encuadrarse en ellas.

Se necesita también método. La riqueza en datos de ciertos manuales pide serio esfuerzo para ser llevado a la práctica. Aun cuando a veces los alumnos de las clases superiores den la impresión de alegrarse por lecciones de religión demasiado fáciles, la verdad es que no desean clases así. Ya que se exige de ellos trabajos de cierta calidad en filosofía o matemáticas, ¿por qué el conocimiento de la fe debería contentarse con menos rigor de pensamiento? En fin de cuentas, se sienten halagados cuando en esta materia el profesor presenta su enseñanza con tanta preparación y riqueza de documentación como para las demás asignaturas.

Sólo así se podrá ser exigente con ellos, podrá pedirseles que tomen apuntes, que preparen el análisis de algún texto bíblico, que reflexionen sobre tal cuestión. El diálogo así suscitado entre catequista y alumnos no resultará artificioso, sino que permanecerá vivi-

ficado por la misma sed de profundizar en la fe para mejor vivir de ella.

VALORES VITALES: CONTEMPLACIÓN Y ACCIÓN.

El mero hecho de desplegar toda la riqueza del mensaje ante los ojos de nuestros alumnos es ya una invitación a la vida, ya sea la vida que se orienta hacia Dios para adorarle o amarle en un movimiento de contemplación, ya sea la vida que irradia y se transmite en un movimiento misionero. Pero la vida supone condiciones que le sean favorables. A falta de estas condiciones, la enseñanza religiosa queda expuesta a fallar su meta, quedando reducida a almacén de conocimientos, más que a alimento de la fe.

Particularmente, a una edad en que se está especialmente propenso a creer que problema comprendido es problema resuelto, resulta mucho más importante mostrar que la vida de fe no es sólo comprensión intelectual, y que quien haya captado la complejidad del obrar humano, será mucho más circunspecto en su crítica. Esto será buena pedagogía; y, yendo más al fondo, resultará fidelidad a la pedagogía misma de Dios. Toca a la enseñanza religiosa mostrar cómo fe y vida no pueden disociarse.

Esto debe lograrse, ante todo, en el terreno de la oración. Aprender a rezar no consiste en aguantar un tiempo de oración; este tiempo no puede resultar vacío. Debe aprenderse a rezar en la escuela de la Iglesia. A nosotros toca saber evocar toda la riqueza de su tradición espiritual. De nosotros depende el que nunca presentemos un texto de la Escritura sin que sea invitación a la contemplación, el no hablar nunca de la liturgia de modo que quede despojada de su carácter sagrado. Sólo entonces la enseñanza resultará fácilmente oración y le dará savia. Entonces, las múltiples ocasiones de oración, prescritas o libres, resultarán en la vida de los alumnos y en la del establecimiento ese tiempo privilegiado que debería ser la oración en todo colegio cristiano.

Del mismo modo, no han de faltar ocasiones en el terreno de la caridad y de la vida cristiana: participación en las varias organizaciones, visita de los enfermos, dirección de grupos menores, etc. El educador ha de saber desplegar una pedagogía hecha de exigencia y de libertad. Exigencia, ya que, igual que en la oración, el comprometer la vida no es algo facultativo; libertad también, pues hay en este terreno diversidad de vocaciones que deben respetarse. Pero si

es verdad que interesa proponer y suscitar ocasiones, también es importante mover a reflexión sobre el sentido de la entrega.

Importa dar la catequesis de la «acción» cristiana. Esta no es sólo la respuesta espontánea ante lo que «interesa», ni es sólo generosidad clasificada en el plano exclusivamente moral; es prolongación de la acción de Cristo en la Iglesia. El obrar cristiano continúa la acción salvadora de Cristo. Se trata, según la palabra de San Pablo, de «restaurar todas las cosas en Cristo». Pero esta orientación de todo hacia Dios es ruptura en el pecado; y, por eso mismo, la acción del cristiano, como la de Cristo, está señalada por la cruz. Fracasos, dificultades, oposiciones, no son en la vida del cristiano sino la continuación del drama vivido una vez por Cristo, prolongación de la lucha entre el cielo y Satán.

En el arranque, la «entrega» será quizá resultado de la espontaneidad, de la necesidad de acción o simple expresión de buena voluntad: sabiéndose cristiano, el adolescente siente confusamente que «hay que hacer algo». La educación inteligente le ayudará a purificar sus intenciones y a buscar no tanto su propia acción cuanto la acción de Cristo, a barruntar la ley de la cruz en el seguimiento de Cristo. Entonces, situándose en la verdad, se prevendrán los fracasos y las desilusiones: el adolescente necesita éxitos, y no conviene que un día pueda arrepentirse de sus primeros movimientos de generosidad.

Así se descubrirá, en acción, la riqueza del designio de Dios. La diversidad de vocaciones en la Iglesia es tan sólo un aspecto de ello. Una catequesis de la acción cristiana debe hacer posible la mejor captación de su sentido. Al principio, los jóvenes lo captarán con cierta dificultad; y por eso, algunos catequistas soslayan el hablar con claridad de la vocación religiosa o de la acción católica. Sin embargo, la Iglesia no cesa de invitarnos a hablar de este tema. En este terreno, la abstención puede tener consecuencias tan funestas como la insistencia inoportuna. Sólo la catequesis que ofrezca una vista equilibrada del organismo de la Iglesia permite captar la función y la complementariedad de los distintos estados de vida.

Entonces, la acción se matizará, y seremos menos totalitarios, y aceptaremos más fácilmente colaborar con otros «en Iglesia», para el crecimiento del Reino. En este clima de oración, de reflexión y de acción, los temas sobre orientación de vida que se planteen podrán abordarse sin actitudes ficticias. Las llamadas y las necesidades de la Iglesia de nuestro tiempo se comprenderán mejor.

La formación cristiana no puede, por consiguiente, reducirse a una «lección». Esta, para ser de verdad transmisora de la Fe, exige vida de oración y acción católica. La cultura cristiana es el conocimiento de la fe capaz de inspirar el obrar cristiano.

Así responderemos al deseo expresado por el Sumo Pontífice en el discurso que hemos citado al principio: «... preparar a los jóvenes para juzgar cristianamente al mundo, para ver cómo está hecho, para saber cómo debiera ser, para dedicarse a lograr que esté conforme al ideal divino, a fin de que responda al plan de Dios: he aquí las metas prácticas para las instituciones de instrucción y de educación.»